

WhiteZunder, BPancrri y JuankiBoom

La casa de los
su su rros



m̄

WhiteZunder, BPanciri y JuankiBoom

LA CASA DE LOS SUSURROS

m̄r

© WhiteZunder, 2019
© BPancri, 2019
© JuankiBoom, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño, 2019
Ilustración de cubierta: © Héctor Trunnec
Imagen de contracubierta: cortesía de los autores
Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-270-4543-9
Depósito legal: B. 3.862-2019
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Unigraf, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. DESMINTIENDO MITOS	11
CAPÍTULO 2. CHIÖE	25
CAPÍTULO 3. ALFONSO	35
CAPÍTULO 4. «S»	45
CAPÍTULO 5. LA CHICA DEL CABELLO DE FUEGO	53
CAPÍTULO 6. EL BOSQUE	59
CAPÍTULO 7. LA CASA DE LOS SUSURROS	69
CAPÍTULO 8. VERDAD O RETO	79
CAPÍTULO 9. LA NIÑA	91
CAPÍTULO 10. DESCUBRIMIENTOS	97
CAPÍTULO 11. LAS CINTAS	105
CAPÍTULO 12. CONEXIÓN	115
CAPÍTULO 13. FIESTA EN LA PISCINA	125
CAPÍTULO 14. EL GRAN ÁRBOL DEL JARDÍN	133

CAPÍTULO 15. HORA DE IRSE	145
CAPÍTULO 16. EL OTRO LADO	149
CAPÍTULO 17. EL CUERPO	157
CAPÍTULO 18. DAMBALLA	163
CAPÍTULO 19. PESADILLAS	167
CAPÍTULO 20. ¿SE ACABARON LOS JUEGOS!	173
EPILOGO	181
AGRADECIMIENTOS	185

Capítulo 1

DESMINTIENDO MITOS

Con la mirada perdida en el retrovisor cuento los coches que pasan por la autopista junto al enorme cartel de la gasolinera, en el que aún pueden distinguirse con bastante dificultad las palabras «Bienvenidos a Spectre», pues está oxidado y parece tener ya una antigüedad considerable. Cuento tan solo tres vehículos en los casi quince minutos que llevamos estacionados en la gasolinera: un camión que paró a nuestro lado para repostar, una moto y un Audi azul marino. Son las únicas tres formas de vida que hemos visto desde que hemos llegado hasta aquí, en este paraje desamparado. Supongo que este no es el lugar idóneo para estar una semana de vacaciones, pues advierto que, si bien dos de los vehículos sencillamente pasaron de largo, el camionero, que sí ha llegado a bajar del vehículo para repostar, parece querer estar el menor tiempo posible en la zona; el temor que la gente siente por este lugar, el

miedo a adentrarse en esta tierra maldita resulta muy real, y esta es la primera vez, en mis numerosos años de viajes e investigación, que realmente puedo sentir que muchos encuentran este lugar verdaderamente terrorífico. Semanas antes de acabar justo aquí, en esta gasolinera, decidí venir una primera vez a Spectre, una vieja urbanización a las afueras de Sevilla, en Andalucía. Lo hice solo, sin cámaras; quería visitar la zona, analizarla y ver si efectivamente merecía la pena viajar hasta aquí con el equipo de trabajo para mi blog, *Desmintiendo mitos*, que había empezado a tener una buena repercusión social. Yo no estaba demasiado acostumbrado a la fama. Algunos encontraban nuestro trabajo interesante, necesario, mientras que otros nos tachaban de ser demasiado escépticos. En cualquier caso, el procedimiento que seguíamos en el blog siempre era el mismo: mi mejor amigo y compañero de trabajo, Pablo, y yo nos encargábamos de desmentir en mi web todos aquellos casos que algunos podrían considerar de naturaleza paranormal. Independientemente de mi carrera como periodista, trabajaba a menudo en el blog, visitando lugares extraños y aterradores, hablando con personas que creían haber visto espíritus, demonios, presencias extrañas... Y todo eso para acabar deduciendo que, o solo querían llamar la atención, o sencillamente olvidaron tomar la medicación ese día. Reconozco que nada podía sorprendernos. Pablo y yo escuchábamos todo tipo de historias, las estudiábamos a fondo, pero nunca veíamos nada que no tuviera una explicación científica. Conozco a Pablo desde que estaba en la guardería, y siempre hemos com-

partido los mismos gustos, aunque con algunas diferencias; si bien él prefiere estar trabajando detrás de la pantalla, como guionista y director, yo, por mi parte, prefiero estar frente a la cámara. Ambos somos unos frikis, y eso es algo que reforzó nuestra amistad. No es que todo el mundo tenga que tener unos amigos con exactamente los mismos gustos, pero personalmente disfruto como un niño cuando nos pasamos noches en vela haciendo maratones de series como *Doctor Who* o *Juego de Tronos*. Cuando le propuse a Pablo comenzar con el blog *Desmintiendo mitos*, le agradó tanto la idea que a la primera semana de abrirlo nos consiguió nuestro primer caso, al que a partir de ese día llamaríamos «el caso de la muñeca Alexa». Nos trasladamos a Madrid, dejándonos una pasta en hoteles, y todo para enfrentarnos a nuestro primer reportaje para el blog: una anciana de setenta y muchos, la señora Dolores de Luján, había aceptado acogernos en su casa durante unos días para investigar unos sucesos que ella consideraba inusuales. Dolores nos aseguró que la vieja muñeca de trapo de su difunta hermana, a la que se dirigía como Alexa, tenía voluntad propia, estaba viva. Argumentó que dejaba todas las noches la muñeca en la misma posición y en el mismo lugar, en la estantería de su habitación. Y todos los días ocurría lo mismo, nos contó: cuando Dolores despertaba, siempre encontraba a la muñeca en un lugar diferente. Incluso llegó a asegurar que a veces, cuando despertaba en mitad de la noche, observaba por el rabillo del ojo cómo Alexa sonreía. Pablo y yo intentamos siempre meternos de lleno en el papel para lograr un artículo impe-

cable, que la gente sienta que realmente está aquí, que tenga miedo, y para eso tenemos que intentar tenerlo nosotros; realmente nos tomamos en serio nuestro trabajo. Nos encantaría que todas esas fantasías fueran reales, pero no pudimos quedarnos en el País de Nunca Jamás, y crecimos con una mente científica... Pasamos dos noches en casa de Dolores en nuestro primer caso, emocionados, de veras barajando la posibilidad de que aquella muñeca pudiera estar viva. Lamentablemente, la única vez que vimos a la muñeca de la señora De Luján moverse, lo hacía entre los dientes de su gato, a quien descubrimos que le encantaba pasear la muñeca por toda la casa. Hicimos algunas pruebas para asegurarnos de que esta era la única posibilidad lógica; colocamos algunas cámaras por la noche en los lugares en los que solía aparecer la muñeca, y obtuvimos claras imágenes del gato transportándola de un lado a otro; era su juguete favorito, desde luego. En cuanto a las afirmaciones de Dolores respecto a la sonrisa de la muñeca y sus cambios de expresión... Todos esos sucesos tuvieron lugar durante la noche, en un estado en el que la señora podría estar medio dormida... ¿Y quién no ve payasos o monstruos en el armario cuando está dormido? Era evidente.

Después del caso de la muñeca Alexa, la gente comenzó a aficionarse a nuestros artículos. Encontraron graciosa la historia de Dolores, pero sobre todo apreciaban mi forma de escribir y contar historias. La historia de Alexa fue una de las que nos catapultó a la fama; aunque no fue la única. Las redes sociales se incendiaron

cuando destapamos el trabajo de una médium bastante conocida a nivel nacional, Sandra. Sí, una médium; una de esas personas que asegura poder contactar con los muertos. Nos llamó mucho la atención su trabajo, sobre todo en lo que respectaba a sus tarifas y su porcentaje de éxito. Tratamos de buscar una «colaboración» con Sandra, y ella aceptó encantada. Nuestra intención era demostrar que era una farsante, una estafadora, y la suya era tratar de engañarnos para que le diéramos publicidad. Pero al contrario de lo que ella pensaba, no éramos unos críos cualesquiera. Teníamos todas las cartas sobre la mesa y acompañamos a Sandra a una de sus sesiones. Llevamos el equipo de grabación para el trabajo; toda la sesión sería documentada. Sandra nos llevó a una casa en la que un señor mayor trataba de comunicarse con su difunta esposa. Pablo y yo estábamos deseosos de ver el espectáculo. La médium desde luego era una experta pragmática. Nos dejó con la boca abierta: se montó un auténtico *show*. Tenía un arsenal de bombas de humo, efectos de sonido e infinidad de cosas más. No nos fue complicado pillarla con las manos en la masa. Aunque como buena maga que era intentaba que dirigiéramos la atención a otro lugar mientras ella preparaba sus trucos baratos, en las cámaras, estratégicamente colocadas, pudimos filmar cómo Sandra lanzaba una de las bombas de humo y luego, disimuladamente, trataba de recoger los restos para no dejar rastro... ¡En menudo lío la metimos! Pero no nos pareció bien que estafara a la gente de esa manera.

No decidí ser periodista por casualidad. Desde una edad muy temprana, arrebatava el puesto de cuentacuentos a los miembros del profesorado. Mis compañeros de clase se peleaban por sentarse a mi lado y ser los privilegiados que escucharan alguna de mis historias, y esa facilidad para relatar me permitió, por primera vez, mantener una amistad con una chica en el colegio.

-Carlos, ¿está libre ese sitio? -me dijo una pelirroja pecosa en primero (prefiero no recordar su nombre)-. Quiero sentarme contigo. Las clases son aburridas, pero tú las haces divertidas.

Como siempre fui de corazón frágil, me encariñaba con facilidad. En mis primeros años aprendí rápidamente dos cosas: que pese a ser un romántico y un enamorado, debía mantener siempre la cabeza por encima del corazón; y que las pelirrojas con pecas y carita dulce no son de fiar.

Cuando descubrí que a la mayoría de los niños que se juntaban conmigo no le importaba más que para distraerles durante un rato, fue cuando me di cuenta de que debía cobrar por mis servicios; y es por eso por lo que me hice periodista.

Poco después del caso de la muñeca, decidimos dar un paso más allá: ya no solo serían artículos, íbamos a documentar con vídeos todas las investigaciones, íbamos a explotar todo mi potencial para hablar frente a las cámaras e íbamos a aprovechar el talento como guionista y director de Pablo. Y eso hicimos; acudíamos a lugares abandonados, aparen-

temente malditos, a grabar psicofonías, cámara en mano, pero nunca captamos absolutamente nada de otro mundo más allá del entendimiento.

Y es por eso por lo que este lunes por la mañana, en la gasolinera a la entrada de la urbanización Spectre, estoy convencido de que este caso podría depararnos algo interesante, y no hablo de fantasmas, evidentemente (después de todo lo que he visto, no creo en el mundo paranormal), hablo de asesinatos y desapariciones reales. Quiero aprovechar el tema de mi trabajo de fin de carrera de Periodismo para montar algo más gordo de lo que solemos organizar, y hacer un último y gran reportaje para la web. Tanto trabajo como investigador paranormal agota, y es por eso que tengo pensado dejarle las riendas del blog a Pablo después de grabar este documental. Aunque eso él no lo sabe. Tengo la esperanza de poder despedirme a lo grande; llegó a mis oídos un rumor, un susurro que atrajo mi atención como pocas cosas ya lo hacían, pues, tras tantas mentiras, pocas historias llegaban ya a hacerme dudar sobre lo que es real o no. Decidí comenzar este documental, tirarme a la furgoneta con mi compañero, y grabar todo durante la investigación. Hemos visto de todo, pero, según dicen, Spectre podría suponer el mayor reto de nuestra carrera... Y, sobre todo, lo que hemos venido a buscar aquí, a esta lúgubre urbanización, es la casa de los susurros, el domicilio con más tasa de actividad paranormal del país.

La primera vez que oímos rumores acerca de la casa de los susurros, Pablo y yo estábamos en primer curso de la facultad. Recuerdo cómo salieron en las noticias los

siguientes titulares: «La casa de los susurros ha vuelto a cobrarse una víctima»; «Desaparece una segunda chica en Sevilla»; «Todos los ojos apuntan a la casa de los susurros». Especialistas de lo paranormal afirmaban que ese nombre le venía perfecto; todo tipo de manifestaciones se daban allí, siendo las más «suaves» movimientos de objetos inertes a voluntad propia o la pérdida de la cabeza por parte de algunos de los inquilinos que habitaron allí. Pero, en ocasiones, cosas verdaderamente horribles colocaban esa casa en el punto de mira de los medios; por segunda vez consecutiva en aquel año, una niña desaparecía en el domicilio. Cuando la pequeña Amelie, que se había mudado con sus padres desde Francia recientemente a la casa de los susurros, desapareció, todo el mundo estaba convencido de que había alguien detrás de todo esto... Alguien o algo. Sus padres estaban destrozados, no había pasado demasiado desde que se mudaron porque a su madre le ofrecieron trabajo en Spectre, y ya habían perdido toda esperanza de encontrar a su pequeña. Toda clase de rumores circulaban por el pueblo; algunos defendían que la niña era víctima de un secuestro, sin embargo sus padres no estaban totalmente de acuerdo. Los padres de Amelie aseguraron haber visto, en los días posteriores a su desaparición, a la niña vagando por las habitaciones de la casa durante la noche, como si se tratara de un fantasma. Perdieron toda fe en encontrarla. Buscaron a la chica durante todo el primer trimestre de mi carrera; recuerdo haber visto cómo organizaban equipos de búsqueda a menudo para que todo el que quisiera

podiera ayudar... Pablo y yo lo comentábamos a menudo, pues, al estudiar la misma carrera, siempre andábamos juntos en la facultad. Para cuando terminé el primer año, las noticias anunciaban que la búsqueda había fracasado. La niña Amelie fue declarada oficialmente desaparecida, al igual que la otra chica pocos meses antes, Ana, de tan solo siete años de edad. Nunca aparecieron los cuerpos; nunca hubo sospechosos. Parecía, desde luego, cosa de brujería. Sus familias acabaron destrozadas, desorientadas; habían perdido a sus hijas y no recibían ningún tipo de explicación. En los meses posteriores a las desapariciones, los medios fueron olvidando el tema poco a poco. Al principio no dejaban de acosar a las familias con entrevistas y preguntas, muchos sospechaban que podían ser incluso las culpables del destino de las chicas. Las cosas se pusieron verdaderamente feas, y en Spectre cada vez costaba más hablar sobre la casa de los susurros. Así fue como poco a poco la casa y todo lo que la rodeaba pasó a ser un tema tabú en Spectre; la gente apartó sus recuerdos sobre la casa y la aislaron de su vida. Pero pese a que los periódicos se olvidaran del tema, los residentes del pueblo nunca lo harían.

Con el paso del tiempo, diferentes y cada vez más extraños sucesos fueron ocurriendo en la casa y sus inmediaciones, escalofriantes noticias que nos colocan en esta misma mañana; en este preciso instante en el que yo, Carlos, el cuentacuentos de párvulos, el escritor de *Desmintiendo mitos*, permanezco durante más de quince minutos al sol, tostándome en la furgoneta de Pablo (cuyo

sistema de aire acondicionado no funciona, por cierto) y poniendo a punto el equipo de grabación, mientras este pregunta a los encargados de la gasolinera acerca de la ubicación exacta de la casa.

Cuando Pablo regresa puedo adivinar por su expresión que vuelve con las manos vacías.

-¿Nada? -le pregunto.

-Nada, compañero -me responde Pablo con la mirada baja.

-No me creo que en todo este tiempo no hayas sacado absolutamente nada. Como sigamos así, con cero información, podríamos pasar días de puerta en puerta hasta dar con la casa -le señalo, algo perjudicado por los rayos del sol-. Dime que al menos llevas algo de agua en esa bolsa.

-Creo que intentan protegernos. La gente por aquí se toma muy en serio todo lo relacionado con la casa. Es un tema prohibido. Sabíamos que nos iba a costar encontrar la ubicación exacta -me explica Pablo, mientras me ofrece un poco de agua que acaba de comprar.

-¿Y ya está? ¿Aquí acaba nuestra historia con la casa de los susurros? -le protesto a mi compañero.

-Realmente nunca llegó a empezar, amigo -me explica Pablo-. Tampoco quiero darme por vencido, pero hemos hecho todo lo posible.

-Estoy seguro de que podríamos hacer más -le contesto-. Siento que estamos cerca de algo...

-¿De verdad pretendes que nos quedemos días preguntando puerta por puerta para ver si alguien nos dice algo?

No hablarán, lo hemos intentado con muchos ya, y siempre ocurre de la misma manera -me rebate Pablo.

-Es complicado renunciar después de todo -le digo, cabizbajo-. Tanto trabajo...

-Pero es lo que toca -me responde-. Es hora de volver a casa, Carlos, mejor retirarse a tiempo; nadie nos contará nada jamás a menos que tengamos algo que ofrecer, y no tenemos nada más que palabras y promesas.

La gente hablaba, y más en urbanizaciones pequeñas como aquella; Spectre no tenía buena fama, y eso es algo que todos los residentes de Sevilla sabían. No nos costó demasiado ubicar Spectre, pese a no figurar en los mapas. Antes de llegar a la gasolinera, habíamos pasado un buen rato dando vueltas con el coche, preguntando a todo el mundo; señoras que nos apartaban la mirada al sacar el tema de la casa, advertencias de los más jóvenes para que dejáramos de buscarla cuanto antes... Había gente que incluso nos engañaba; un hombre de mediana edad se ofreció, bastante simpático, a mostrarnos la salida de Spectre, cuando al principio se suponía que nos guiaría hasta la casa. Pero sabíamos que el mayor reto sería encontrar la casa. Pese a toda la información que se puede encontrar en internet, habíamos comprobado todas las posibles direcciones, y ninguna, absolutamente ninguna, coincidía con las pocas fotografías que teníamos de la casa de los susurros. Si os digo la verdad, encontrar una casa que no puede encontrarse era una de las cosas que más me intrigaba.

Pablo arranca la furgoneta, me pongo el cinturón, meto un CD de Love of Lesbian y nos preparamos para volver a la carretera. Es la segunda vez que entramos, y rezo para que nos vaya mejor que la primera y no vuelvan a guiarnos hacia la salida. Fuimos demasiado ingenuos; estábamos agotados. La primera vez que fuimos a Spectre, nada más llegar recorrimos uno por uno todos los sitios en los que en internet se aseguraba que se encontraba la casa de los susurros. Todos eran mentira, por supuesto.

En el preciso instante en el que nos disponemos a salir a la autopista para adentrarnos en Spectre, advierto que el dependiente de la gasolinera nos hace señas por el retrovisor.

-Frena, voy a ver qué quiere -le digo a mi compañero.

Rápidamente, voy trotando hasta el señor, que parece algo alterado. Cuando le pregunto qué le ocurre, obtengo una respuesta que me deja sin aliento:

-He mentido a tu amigo. No es nada personal, pero en Spectre queremos pasar página, y atraer miradas ajenas hacia la casa no es la mejor manera de enterrar el pasado y las atrocidades que ocurrieron aquí... Aunque creo que vuestro trabajo podría ayudar a resolver este tema de una vez y para siempre -me explica el dependiente de la gasolinera-. Tampoco creo en esas historias, ¿sabes? Soy seguidor de tu blog. Demuestra que todo es mentira. Llama a este teléfono, os será de ayuda.

El tipo me entrega un papel con un número de teléfono escrito. Me mira una última vez antes de volver a su trabajo para decirme unas palabras que hacen que mis esperanzas en el caso se vengán arriba.

-Pregunta por Alfonso de la Sierra -me explica-. Vivió en esa casa maldita durante un par de meses. Podría indicarnos la ubicación exacta si tenéis suerte.

Cuando entro de nuevo en la furgoneta, no puedo ocultar mi sonrisa de oreja a oreja.

-¿Qué quería? -me pregunta mi compañero-. ¿Alguna novedad?

-Alguna, amigo. Alguna -respondo.